

Encarnación Sánchez García

*Nombres y hombres. Onomástica de los personajes
y significación del “Diálogo de la lengua”*, Madrid-Fráncfort
del Meno, Iberoamericana-Vervuert, 2021, 310 pp.

ISBN: 978-84-9192-253-7 (Iberoamericana);

978-3-96869-229-6 (Vervuert).

Alejandro Cantarero de Salazar

Universitat Autònoma de Barcelona

alejandro.Cantarero@uab.cat

Nomen omen decían los antiguos. Pero en este caso, más que un presagio, el nombre de los interlocutores del *Diálogo de la lengua* viene a ser una mina de significados que Encarnación Sánchez García, catedrática de Literatura Española en la Università di Napoli L’Orientale (2001-2020), ha escarbado con admirable tesón en el texto de Juan de Valdés. Este estudio, de gran relevancia para el hispanismo, reivindica la necesidad de afrontar el análisis de los elementos extratextuales para comprender el sentido complejo de la creación literaria, y más aún cuando se trata de obras de nuestro pasado, donde se nos pierden muchas alusiones indirectas, evidentes tal vez para los lectores que conocían los recovecos del contexto histórico y político de aquellos tiempos.

Es decir, para rescatar el significado profundo que inspiró el *Diálogo de la lengua*, el filólogo debe enfrentarse al difícil ejercicio que supone deslindar realidad y ficción dando a cada territorio su parte, pero sin hurtarle al conjunto de la obra literaria su sentido complejo y universal. Por ello, no puede dejar de elogiarse la actitud con la que la autora se propone abordar el asunto desde las primeras páginas: “no se trata, por tanto, de proponer una lectura historicista del *Diálogo*, sino de recuperar los datos ‘materiales’ de la creación sobre los que fundó Valdés su recuperación de lo real, como operación indispensable para su mejor entendimiento del sentido de esta obra” (p. 23).

Aunque —como se advierte en una nota inicial (p. 9)— esta monografía deriva de la reelaboración de tres trabajos previos, la mayor parte de su contenido es original: cuatro de los cinco capítulos que conforman la obra son inéditos.¹

1. Son inéditos los capítulos I, III, IV y V. El capítulo II parte de tres trabajos previos, aunque con modificaciones y añadidos: E. Sánchez García, “El *Diálogo de la lengua* a la luz de la identidad

Incluso, los artículos ya publicados, que versaban sobre todo acerca del personaje de Martio y de la villa de Leucopetra, se han sabido mejorar e integrar en el contenido general del libro, que rebasa con mucho los objetivos de estos primeros trabajos. Por tanto, nos encontramos ante una obra bien estructurada y cohesionada, en la que el estudio particular de cada personaje trasciende al análisis conjunto del *Diálogo de la lengua*, de lo que se da cuenta en cada página, pero en especial en la introducción y en el epílogo.

En el primer capítulo (pp. 17-53), se plantea un completo estado de la cuestión sobre la identidad que se esconde bajo los nombres de los tres interlocutores que acompañan al *alter ego* de Juan de Valdés. La autora defiende que tras cada figura literaria se oculta un referente histórico: Martio —y no Marcio como se sigue leyendo en muchas ediciones del texto— es Bernardino Martirano, secretario del Regno; Coriolano es el hermano menor de Bernardino, Coriolano Martirano, y Pacheco podría ser Don Diego López Pacheco Enríquez, III marqués de Villena y III duque de Escalona.

Sánchez argumenta además que la finca que sirve de lugar de encuentro a los interlocutores del diálogo tiene su referente real: la villa de Leucopetra de los hermanos Martirano, situada en la ciudad de Portici al suroeste de Nápoles, a los pies del Vesubio. Este hecho vincula el texto de Valdés con el humanismo napolitano de la época, porque la villa era uno de los lugares donde se reunían los herederos de la academia de Pontano. El mismísimo Carlos V honró con su presencia aquel lugar y le otorgó gran fama, ya que lo eligió como hospedaje a su vuelta de Túnez entre el 22 y el 24 de noviembre de 1535. El presente estudio plantea que este escenario sería escogido por Valdés en aras de otorgar un determinado simbolismo al espacio de su obra, e incluso no descarta que el diálogo se inspirara en uno real que se hubiese celebrado en la Leucopetra. Desde luego no parece descabellado considerar que el coloquio pudiera tener su origen en conversaciones reales que tuvieran lugar en aquella villa vesubiana o en cualquier otro paraje, por mucho que el género del diálogo sea un artificio. No hay que tomarse de forma literal, claro, la decisión de los discípulos de Valdés de poner un escribano para que transcriba la conversación.² Este es un juego literario que

de Martio (Bernardino Martirano), en *Rinascimento meridionale. Napoli e il viceré Pedro de Toledo (1532-1553)*, dir. E. Sánchez García, Nápoles, Tullio Pironti, 2016, pp. 137-178; E. Sánchez García, “Un cenáculo napolitano para Juan de Valdés: la villa de Leucopetra y el *Diálogo de la lengua*, en *Contexto latino y vulgar de Garcilaso en Nápoles. Redes de relaciones de escritores y poetas (manuscritos, cartas, academias)*, ed. E. Fosalba y G. de la Torre Ávalos, Berna-Berlín-Nueva York-Oxford-Varsovia-Viena, Peter Lang, 2018, pp. 249-271; y E. Sánchez García, “Ninfas a los pies del Vesubio: Leucopetra inventada y Aretusa reinventada por el secretario del reino de Nápoles Bernardino Martirano”, en *Trame di parole. Studi in memoria di Clara Borrelli*, ed. A. Cerbo y C. Vecce, Nápoles, Unior Press, Annali Sr, Testi xiv, 2020, pp. 375-396.

2. Este recurso participa de la ficción conversacional para hacer creer a los lectores que están ante una conversación real, y —lo que en este caso es más importante— ante las enseñanzas de Juan de Valdés. Como ejemplo de hasta dónde podían llevar este tipo de trampantojos en el género del

busca aportar verosimilitud al diálogo, e incluso cargarlo de autoridad, como pieza que podría haber sido real, pero sin serlo.

A continuación, se justifica con gran acierto la importancia que tuvo en el género del diálogo, desde la Antigüedad, la inspiración de los interlocutores en personajes históricos. Se trata de un problema que afecta de forma constante a las obras pertenecientes a este género. Ello implica un trabajo cuidadoso para comprender la representación compleja de estos entes literarios con trasfondo histórico, y más si cabe cuando el nombre del autor coincide con uno de los interlocutores, como es tan frecuente en el género y como sucede en este caso. Sánchez hace un excelente reexamen crítico a partir de trabajos fundamentales, como los de Boehmer, Menéndez Pelayo, Benedetto Croce, Cristina Barbolani, Lore Terracini o Ana Vian Herrero.

En una segunda parte de esta introducción, se analizan los posibles arquetipos que pudo tener presentes el autor de esta obra. Con todo, se echa de menos un análisis más demorado del contexto de este diálogo entre otras obras de la misma época —asociadas también a la actividad de academias— a las que la autora se refiere de forma algo tangencial (pp. 42-48).³ Por otro lado, si bien está justificado el nexo que la autora establece con los diálogos sobre lenguas vulgares italianos —como los escritos por Pierio Valeriano o Trissino—, las valoraciones que se hacen de los modelos dialógicos de la Antigüedad son matizables. El modelo platónico influye —junto al ciceroniano— en el diálogo quinientista. Sin embargo, no debe considerarse el diálogo platónico como superior al ciceroniano. Dicha idealización tiene que ver con la costumbre de identificar el diálogo platónico con la mayéutica socrática, como de hecho hace la autora (p. ej. p. 50). Pero el diálogo platónico no es enteramente mayéutico, y ni siquiera lo es mayoritariamente. De hecho, tiende a no diferenciarse entre mayéutica como procedimiento didáctico oral y entre el artificio de simular una pretendida mayéutica en un texto literario escrito, donde el dialoguista

diálogo, quisiera recordar el alfabeto de los utopienses, el mapa de Utopía o las epístolas que se fueron anteponiendo a algunas de las ediciones de la obra de *Utopía* de Tomás Moro, y que figuran en la edición considerada definitiva, que salió de las prensas de Froben, en Basilea, en noviembre de 1518. Dos de las cartas van firmadas por los que son en la ficción los interlocutores del diálogo (Peter Gilles y Tomás Moro). En ellas, Tomás Moro afirma que habían conocido al mismísimo Rafael Hythlodæo, y que el diálogo era en realidad un traslado al papel de un coloquio real, a cuya transcripción le había ayudado la memoria de su paje Juan Clemente, que también estaba presente en el coloquio. Pero Tomás Moro afirma que Rafael no les había confesado en qué lugar exacto del Nuevo Mundo se hallaba *Utopía* ('no lugar'). Para mayor recreo, Gilles, en la mensajera de vuelta, declara no haber podido oír el paradero exacto de la ínsula por la tos de uno de los asistentes que se había resfriado.

3. Baste echar una ojeada a las academias que se refieren en www.pronapoli.com, concretamente aquí: <https://pronapoli.com/academias/>, donde pueden observarse algunas de relevancia. Vale la pena recordar que el estudio aquí reseñado de Encarnación Sánchez García se inscribe en las dos ediciones del proyecto Pronapoli, "Garcilaso de la Vega en Italia" (2016-2019) (2020-2023), como puede comprobarse en sus preliminares.

sabe a qué conclusiones quiere llegar y nada puede cederse a la improvisación. La influencia de Platón y Cicerón no ha de entenderse de forma rígida, como modelos opuestos, sino como modelos que funcionan de manera complementaria en la evolución del género.⁴

En el segundo capítulo (pp. 55-140), se propone un análisis detenido del personaje histórico que hay detrás de Martio. El trabajo comienza por la identificación de la errónea transcripción que hizo Mayans, y que casi todos los editores —excepto Usoz— han seguido durante dos siglos, del nombre de este interlocutor como *Marcio*. El error parte de un encabezado en el manuscrito *V* en el que aparece escrito el nombre con dicha ortografía, pero que fue añadido por Jerónimo Zurita. La autora repasa otras propuestas de identificación del personaje (como Marzio Martirano, Marcantonio Flaminio, Marcantonio Magno, agente de Giulia Gonzaga, o Coriolano Martirano, entre otros) y razona de forma solvente los puntos débiles de estas teorías.

Después, Sánchez pasa a centrarse en su propia hipótesis. Justifica de forma convincente que el personaje de Martio debe identificarse con el propietario de la casa en la que se sitúa el diálogo a partir de detalles de la escena: la forma en la que Martio domina el hogar en el que se hallan y dirige al servicio, y cómo demuestra que él es quien organiza el diálogo y define la materia del coloquio. Por otro lado, *Martio* correspondería a la forma latinizada —siguiendo la tradición humanística— de Bernardino Martirano, el secretario del Reino de Nápoles. El nombre figuraría abreviado con la intención de utilizarlo en clave, afición también frecuente en los humanistas. Pero es que además, las relaciones de fraternidad que se desprenden del trato entre Coriolano y Martio hacen pensar que, en efecto, este personaje representa al *alter ego* del hermano mayor de Coriolano.

Llegados a este punto, la autora recupera la biografía de Bernardino Martirano y documenta su presencia en textos históricos y literarios. Asimismo, estudia con profundidad su nexos con importantes personalidades del humanismo, como Miguel Mai, quien tal vez propiciara el primer contacto entre Bernardino y Juan de Valdés.

Parecen muy razonables los argumentos que se aducen para identificar al interlocutor de esta obra con Bernardino Martirano. Como secretario del reino y secretario del Regio Consiglio Collaterale, Bernardino necesitaba conocer muy bien el español escrito, y también la pronunciación de esta lengua, porque sus funciones como protonotario le obligaban a poder leer ante el rey en diversas lenguas oficiales, lo que Sánchez vincula a varias referencias del *Diálogo de*

4. Para la adecuada comprensión del modelo platónico-aristotélico-ciceroniano, véase Ana Vian Herrero, “Diálogos españoles del Renacimiento: Introducción general”, en A. Vian Herrero (dir. y coord.), *Diálogos españoles del Renacimiento*, Toledo-Córdoba-Madrid, Fundación Biblioteca de Literatura Universal-Editorial Almuzara, 2010, pp. xxxviii-lit.

la lengua. Un argumento de gran valor para la identificación de esta figura literaria parte del análisis de otras obras en las que también se menciona a Bernardino Martirano asociando su apellido con el dios de la guerra. Sánchez relaciona otros datos del personaje histórico con detalles sobre el interlocutor que salen a colación a lo largo de la conversación ficticia. Por ejemplo, las citas de Horacio que el personaje de Martio hace a lo largo del coloquio han de conectarse con la edición que Martirano llevó a cabo de la obra de este poeta latino, con las anotaciones de Parrasio. Este texto es una muestra de la excelente labor filológica de Bernardino Martirano. Él es, pues, un humanista perteneciente al entorno cultural napolitano donde filología, creación literaria y servicio al poder se conjugaban.

El tercer capítulo de la obra (pp. 141-195) se consagra a estudiar el personaje de Valdés y sus relaciones con el personaje histórico homónimo y autor del diálogo. Sánchez explica que la imagen que el autor trasvasa al texto coincide con su pasado, lejano al año 1535 en el que escribía el *Diálogo de la lengua*. Podemos ver su actividad como joven al que se le encomendaban tareas diplomáticas y políticas en Italia y en la corte pontificia de Nápoles. El estudio del interlocutor se fundamenta en otros documentos históricos para cotejar esta imagen literaria con la de su trasunto real. Entre la documentación, destacan las cartas de Valdés y las semblanzas escritas por sus discípulos (como el póstumo de Iacopo Bonifacio).

Para el análisis literario del carácter de Valdés, la autora se apoya en otros trabajos previos, entre los que destaca el de Vian (1987). Este estudio se prolonga a partir de menudos detalles del diálogo que revelan aspectos psicológicos del interlocutor que pueden asociarse con Juan de Valdés-histórico a partir de testimonios contemporáneos, como el de Ambrogio Salvio da Bagno. La alusión que hace Martio, al inicio del coloquio, a las cartas que Valdés les enviaba desde Roma es clave. Para Sánchez, esta amistosa relación en la ficción entre los cuatro interlocutores (Martio, Valdés, Coriolano y Pacheco) es una representación literaria de la amistad que existió entre los personajes reales que inspiraron estas máscaras dialógicas. Martirano tenía razones para cartearse con Valdés por su actividad política, administrativa, cultural y religiosa en Nápoles, y Pacheco por sus vínculos con la nobleza que rodeaba al Emperador en el reino de Castilla. La imagen de Valdés-personaje se corresponde con la de un caballero docto, un humanista que se encuentra en contacto con la élite imperial de Nápoles.

No hay que olvidar un hecho en el que se insiste en este estudio: el reino de Nápoles era el territorio italiano de mayor relevancia dentro de los que conformaban la Corona de España, y Bernardino Martirano, como secretario del Regno, ostentaba el cargo del funcionario de más alto rango, por lo que estaba obligado a conocer el castellano para poder leerlo y escribirlo con corrección. Las cartas de Valdés son el reflejo de esta lengua diplomática oficial. De modo que el castellano pasa a considerarse una lengua vulgar no itálica, pero hablada en la Corte, por lo que la diplomacia y la administración de aquellos territorios

debían conocerla; esta es la necesidad práctica que inspiró el coloquio. De hecho, Sánchez parte de los estudios de Montesinos (1928 y 1929) y de Terracini (1979), entre otros, para explicar el valor político del *Diálogo de la lengua*. Carlos V legitimaría el castellano como lengua de corte imperial en Nápoles y meses después como lengua diplomática de Roma y de otros centros por los que el Emperador viaja de forma ceremonial. La autora se detiene además en la lengua de las cartas de Juan de Valdés, que asocia —por su recurrencia a los italianismos— al estilo ecléctico de la lengua vulgar de Castiglione. En definitiva, el objeto de estudio del *Diálogo de la lengua* es el castellano conversacional oral y escrito, y este último se identifica con las mensajeras de Valdés.

El cuarto capítulo (pp. 197-228) trata de la figura de Coriolano. En esta ocasión, la identificación es de Boehmer (1860), quien propondría que el personaje de Coriolano era el trasunto de Coriolano Martirano. A pesar de que otros autores, como Croce, rechazaron tal hipótesis, Sánchez apoya esta candidatura en el mismo desvelamiento del *alter ego* del personaje de Martio: las relaciones de fraternidad que observamos entre Martio y Coriolano bien podrían representar en la ficción los vínculos entre Bernardino y su hermano menor, Coriolano Martirano.

A continuación, como en el capítulo anterior, se analiza la biografía de Coriolano Martirano y se relaciona con su trasunto literario. Coriolano Martirano comienza sus estudios en Cosenza con el maestro Lattanzio, pero los amplía en Nápoles en torno a 1528 gracias a los éxitos y relaciones de su hermano mayor, el entonces secretario regio. De este modo, empezó a ostentar importantes cargos, como el de *doganiere* en Gaeta y el de obispo de San Marco Argentano. También se exploran los posibles vínculos de amistad entre Coriolano y Juan de Valdés, a quien quizá conocería ya en Roma, porque sería verosímil que Valdés, hermano del entonces secretario de cartas latinas del Emperador, estableciera contactos con el hermano del secretario de Estado de Nápoles.

Sánchez toma como base este contexto histórico para rastrear con gran acierto los posibles vínculos entre los interlocutores, explorando también otras fuentes documentales como las *Epistolae familiares* (1556) de Coriolano. Destaca además el papel que tuvo Martirano como mecenas literario, al igual que su hermano mayor, de obras como la edición de Giovanni Piero Cimino de las *Institutionum grammaticarum libri quinque* de Flavio Sosipatro Carisio. En la nuncupatoria de este texto, podemos leer los elogios al conocimiento que Coriolano tenía sobre las lenguas griega y latina. Sin embargo, el papel de su *alter ego* es modesto en la ficción del *Diálogo de la lengua*, y esto se debe a que Coriolano Martirano era un gran conocedor de la literatura clásica, que tradujo y editó, y no estaba dedicado al estudio de la lengua vulgar. Sánchez presenta un interesante análisis de las pocas informaciones que se revelan sobre este interlocutor en el curso del diálogo, y las asocia con el personaje real de Coriolano Martirano: cita los *Academici libri* de Cicerón, muestra un interés por el léxico grecolatino —lo que encaja bien con la labor de Coriolano como traductor de épica y teatro

griegos al latín—, y rechaza la traducción de Horacio *uerbum pro uerbo* que Valdés-interlocutor improvisa.

Finalmente, el quinto capítulo (pp. 229-268) da cuenta del estudio de la figura de Pacheco. Se trata tal vez de la identificación más compleja, porque su nombre fue sustituido por el de Torres en el manuscrito *M. Sánchez*, como en capítulos anteriores, analiza con detenimiento las distintas propuestas de identificación de este personaje. Barbolani lo asociaba primeramente con Diego López Pacheco Portocarrero, II marqués de Villena, II duque de Escalona y dedicatario del *Dilálogo de la lengua*. Otras identificaciones de esta máscara han recaído en Torres Naharro, en el obispo Pedro Pacheco, visitador general en Nápoles desde el 5 de abril de 1536, o simplemente en un soldado español acuartelado en Nápoles.

No obstante, la autora justifica a partir de un análisis minucioso que la figura de Pacheco no se corresponde con un simple soldado, sino más bien con un noble cultor de las letras —como muestra por sus citas de libros de historiografía romana—, identificado a partir de su apellido con un linaje aristócrata. Pero dentro de los candidatos de la casa de Villena, a la que se vincula el apellido Pacheco, Sánchez cree que no hay que pensar en el ya citado II marqués de Villena, muerto en 1529 —por lo tanto antes de la composición del diálogo—, sino en su hijo, Diego López Pacheco Enríquez (1506-1556), III marqués de Villena y III duque de Escalona, marqués consorte de Moya. Él era quien ostentaba los títulos de dicho linaje en torno a 1535 y además su juventud se adecuaría mucho mejor al carácter que tiene Pacheco-interlocutor. Este capítulo se completa con el estudio de otras fuentes literarias e históricas que hablan del III marqués de Villena, y que pueden vincularse a la imagen literaria que encontramos en este diálogo.

Son muy interesantes las razones que llevan a la autora a identificar a este interlocutor con un noble que encarna la herencia erasmista y reformadora de la corte de su padre en Escalona, y con la que podrían relacionarse las pullas que se lanzan contra el clero a las que Valdés no reacciona con agrado. Pero Sánchez no se conforma con buscar la identificación más plausible para Pacheco, sino que se detiene en barajar otras hipótesis, como hace en el epígrafe dedicado al I marqués de Elche, Bernardino de Cárdenas y Pacheco, quien podría también identificarse con el interlocutor por algunas razones de peso. No obstante, —como bien argumenta la autora— la importancia de Bernardino de Cárdenas era relativa ya en aquel momento y a Valdés le interesaría más codearse con un Grande como Diego Pacheco Enríquez, que frecuentaba al Emperador de forma asidua. Para concluir, se revisa el asunto de la sustitución del nombre de Pacheco por Torres en el manuscrito de la BNE. En el caso de referirse a Diego Pacheco Enríquez, parece lógico —como se propone— que al autor, o a personas cercanas a su círculo, les pareciera arriesgado para Diego Pacheco que pudiera identificarse a su trasunto literario con Valdés, quien se había marchado de España huyendo de la Inquisición.

El libro se cierra con un epílogo donde se recogen las conclusiones principales. Sánchez reitera aquí una idea que está presente a lo largo del estudio y que conviene aclarar. En varias ocasiones, la autora asocia la argumentación de esta obra con la mayéutica y parece llegar a equiparar mayéutica y dialéctica (véase p. ej. p. 50 y p. 273), sin ser exactamente lo mismo. Si se analiza debidamente la argumentación del *Diálogo de la lengua* —quehacer aún por explotar—, se podría comprobar que Juan de Valdés no recurre a la técnica de la mayéutica. Sí se puede asociar el texto con un modelo dialéctico de argumentación puesto que todos los interlocutores participan de algún modo en definir la materia que van a tratar; son los discípulos los que seleccionan de entre las cartas que han recibido de Valdés aquellos elementos de lengua que les llaman la atención, e interrogan sobre ellos al maestro, aunque Valdés no deja de dirigirlos en sus indagaciones. Pero a la hora de transmitir los saberes no se representa un proceso en el que el maestro (Valdés-interlocutor) extraiga los saberes de sus discípulos a través de preguntas, como la partera, utilizando el símil platónico. La argumentación es en este sentido más bien pedagógica —aunque no enteramente— y Valdés-interlocutor es quien por más tiempo ejerce el papel de maestro, lo que no quiere decir que los otros interlocutores no desempeñen un papel importante en el engranaje argumentativo del texto.

En definitiva, no puede asociarse la mayor o menor polifonía de un diálogo con un modelo genérico concreto, y menos con la mayéutica que es un procedimiento específico y bien definido que a veces sí se imita en el diálogo áureo hispánico.⁵ Tampoco parece razonable la tendencia imperante de valorar como propio de una mejor estética del escritor el empleo de la mayéutica, que no deja de ser una representación literaria de un proceso de enseñanza oral que aparece en Platón, pero de forma mucho más esporádica de lo que se afirma. De hecho, en el diálogo-género la argumentación, que es la base de la pieza literaria, está —como parece evidente— dirigida por el autor, por lo que la colaboración entre los interlocutores en la construcción del conocimiento, la dialéctica, es siempre simulada. En cualquier caso, sería conveniente profundizar en el análisis genérico del texto de Juan de Valdés, porque queda pendiente —entre otras cosas— aplicar los hallazgos que la autora nos descubre sobre la historicidad de los interlocutores del *Diálogo de la lengua* a su estudio argumentativo, el núcleo de su naturaleza literaria.

Si algo pone de manifiesto la lectura de la presente monografía es la productividad de examinar el trasfondo histórico que pueden esconder las ficciones literarias. Los filólogos solemos perdernos en las intertextualidades o limitarnos al ineludible *Quellenforschung*, y a veces nos olvidamos de la relevancia de tomar también en consideración otros datos históricos, procedentes de diversas fuen-

5. Sobre la mayéutica en el diálogo hispánico véase, Vian, “Diálogos españoles del Renacimiento...”, p. CXXXVII.

tes. Esta información, bien contrastada con otras referencias —aunque a veces mínimas— de las obras estudiadas, puede llegar a arrojar resultados sorprendentes. Enriquecen el contenido de las obras o, mejor, nos permiten leer los textos bajo el prisma de su tiempo. Esta es, pues, una de las tareas esenciales de la filología. Ejemplo de ello es el admirable esfuerzo que se muestra en *Nombres y hombres* por conciliar el estudio de una obra literaria y su contexto histórico y político. No podemos dejar de felicitar a su autora, Encarnación Sánchez García, por un trabajo estimulante y fundamental para comprender tantas alusiones perdidas en una de las obras maestras del género del diálogo.